

La mujer en y ante la Iglesia*

MUJERES Y TEOLOGÍA

Tomamos la palabra

«No va contra el orden de la divina providencia, para humillación de los hombres, hacer doctora a una mujer... Pues también san Jerónimo dice de la profetisa Olda, a quien acudía la gente, que para humillación de los hombres y de los doctores de la ley, en realidad transgresores del orden, el don de profecía ha pasado a las mujeres. Demos gracias a Dios por siempre. Amén.»

Lejos de nosotras la intención de humillar a nadie al recoger estas palabras, pertenecientes al copista franciscano del «Libro de la Vida» de Ángela de Foligno (s. XIII), demasiados humillados existen en el mundo y demasiadas mujeres entre ellos. Por el contrario, desde **Mujeres y Teología** (Madrid)* queremos dirigir una mirada esperanzada hecha de amor y de memoria, de rabia a veces, pero también de lucidez e ilusión, a esta Iglesia nuestra, a esta tierra nuestra, y a los tiempos por venir. Pero mirar hacia adelante no nos lleva a olvidar; nos asomamos al pasado porque ese pasado existe, en él están nuestras raíces, el hilo invisible que va tejiendo la historia y que nos aprestamos a recoger,

* Trabajo realizado en equipo por Paloma Alfonso, Isabel Ávila, Silvia Bara, Magdalena Cañellas, Pepa Monleón, Marifé Ramos, Chini Rueda, María Tabuyo y Pilar Yuste, del grupo **Mujeres y Teología** de Madrid.

tratando siempre de ensanchar la trama, haciéndola abierta, acogedora. Y miramos, cómo no, nuestro presente: como mujeres y como cristianas no podemos menos que abrir nuestras entrañas al mundo -conscientes de su injusticia, conscientes también de su belleza- tomando partido por los seres más desfavorecidos allá donde se encuentren; y como mujeres y como cristianas no podemos callar que, en los umbrales del próximo milenio, son precisamente las mujeres las más desfavorecidas de esta historia. Por todo ello tomamos -y compartimos- la palabra.

EL RICO Y LAZARO, LA POBRE.- Un comentario sobre las relaciones Norte-Sur y lo que esto tiene que ver con las mujeres

Si hay una parábola que pueda simbolizar bien cuáles son las relaciones actuales entre el **mundo rico y el mundo pobre o empobrecido**¹, puede ser esta parafraseada parábola lucana. La pobreza y el hambre son antiguos compañeros de viaje de la humanidad, pero nunca hasta ahora habían tomado el carácter **estructural y endémico** que en nuestro siglo han adquirido. Una tendencia cada día más agudizada, según los informes PNUD de Naciones Unidas, que hacen más cierto que nunca aquello de **ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres** como afirmara Pablo VI.

Por eso, podemos asegurar que si economía significa etimológicamente «administración de la casa», este sistema no sólo ha demostrado su incapacidad para un equitativo reparto de las riquezas (el 20% de la Humanidad consume el 80% de los recursos), sino que además nuestro consumo desbordado está atentando contra nuestra misma casa: nunca como ahora la Naturaleza había sufrido el efecto destructor y estéril de nuestra especie. **Un sistema que atenta contra los dos inseparables**

¹ Tercer Mundo para A. SAUVY, 1952, y Sur a partir del informe de la Comisión Brandt, 1981.

conceptos de Humanidad y Creación, contra el maravilloso legado de Dios, contra Dios mismo.

En el Sur se muere de hambre, de falta del pan sagrado que Dios nos regala, y en el Norte la minoría rica muere de indiferencia, de miedo al futuro, de anorexia, o de preocuparse en tener y no en ser, «de sólo pan» como diría D. Sölle. **En definitiva ni unos ni otros podemos ser felices ante la destrucción culpable de la familia humana, ante este pecado estructural y también personal.** Epulón, «el rico malo» que se harta mientras Lázaro agoniza, está viviendo en su egoísta gula el anticipo del infierno que le espera. Si según la fórmula de M. Buber no somos un yo aislado, sino un «yo-tú» indivisible, cuando el tú se cosifica, es la misma entraña del yo la que se cosifica y empobrece, la que se pierde la riqueza que aporta compartir y convivir en apertura. **El Sur no es una amenaza, sino una riqueza a descubrir.**

Pero frente a lo que se pensaba antes, la pobreza no afecta por igual a todos los miembros de un colectivo o de una familia. En 1980 la ONU nos ofreció este dato: **las mujeres del planeta producimos 2/3 del total de horas de trabajo** (y es que no podemos olvidar que a las tareas agrícolas femeninas y a la economía sumergida se suman el trabajo doméstico). Por todas esas horas **percibimos el 10% de los salarios e ingresos, y poseemos menos del 1% de las propiedades y bienes.** Así, por ejemplo, según Cáritas, dos de cada tres pobres de Madrid son mujeres.

Esto nos hace pensar que **los pobres no son una masa amorfa, seres sin color ni sexo. Los pobres simbolizados en Lázaro, suelen tener rostro de mujer y piel oscura.** Y si esas dos características se unen, la situación se complica aún más. Es decir, el género o la etnia en que hayas nacido se convierten así en auténticos «factores de riesgo» de esta asesina epidemia.

Por eso hablamos de **feminización de la pobreza**, del triste protagonismo de las mujeres como pobres entre los pobres.

A pesar de los gigantescos avances sociales comprobamos que en España el **paro** femenino duplica el masculino, **ganamos menos** por el mismo trabajo -un 20% según la OIT-, somos mayoría en el **trabajo sumergido y en el precario**. El trabajo de las **amas de casa**, que genera según distintos estudios entre un 8 y un 11% del Producto Interior Bruto del país, no tiene el menor reconocimiento². Y la **doble jornada**: las mujeres que trabajan fuera de casa dedican 4 horas diarias al trabajo doméstico, los varones 1. La **nueva pobreza** que afecta a familias lideradas por mujeres solteras, divorciadas o viudas (dos de cada tres ancianos solos son mujeres que en su mayoría perciben ridículas pensiones). Y la **pobreza encubierta** de aquellas familias que no caen en la precariedad a costa de una mujer autoempobrecida.

Recordamos también los 14.000 ó 17.000 casos de **malos tratos** físicos que cada año se denuncian aquí, o las 609 mujeres que en diez años murieron a manos de sus maridos o compañeros en España.

Y la **discriminación ante la muerte**, las mujeres menos que hay en el mundo (se calcula que superan los cien millones) de las que habría si ante la necesidad las niñas recibieran las mismas atenciones médicas y alimentarias que los niños.

Podemos pensar también en la pobreza **cultural** que hace que el analfabetismo sea mayoritario en las mujeres, aunque, hay que decirlo, la cultura oral, las tradiciones y la lengua «materna», las suelen conservar y transmitir ellas. Y son muchas veces los recursos que éstas ofrecen los únicos que les pueden permitir salir de su carencia (ollas comunes, comercio justo de sus artesanías, estructuras comunales de trueque y de préstamo...).

² Una aseguradora inglesa dedujo que el trabajo de una ama de casa equivalía a un sueldo de 250.000 pesetas. **El País** hizo una adaptación al sueldo en España: 177. 753 pts. (domingo, 14/11/93)

Tenemos que dejar en el tintero otros aspectos de la pobreza, de sus causas y sus soluciones, pero no podemos dejar de hablar de la pobreza **interiorizada**. Esta convierte el miedo a hablar en público y la baja autoestima (quererse muy poco a sí misma) en características psicológicas comunes en la mayoría de mujeres del mundo. Porque si es triste la marginación, peor es que nos **automarginemos**, y que tengamos miedo a crecer, a salir y caminar por nuestro propio pie.

Pero la muerte no es el final y, sin duda, en medio del dolor y puede que incluso de una sana rabia, brilla la esperanza. Y es que a pesar de tantas limitaciones las mujeres que nos han precedido han demostrado gran fuerza y valor. La pobreza no consiguió ni consigue barrer la gran riqueza y dignidad personal de los millones de mujeres (luchadoras, resistentes, miembros activos de una Iglesia viva... agentes de vida, sujetos de su propia historia, madres de un mundo nuevo) que han logrado que hoy día disfrutemos más que nunca de nuestros derechos. El progresivo «empoderamiento» del que se habló en la Conferencia de Beijin de 1995.

Nadie puede discutir ese gran avance. De hecho los mismos sociólogos y sociólogas que describen la anteriormente citada situación de pobreza son los que hablan del siglo XX como el siglo de la **revolución de las mujeres**. Juan Pablo II, como lo hiciera Juan XXIII, habla en varios de sus documentos del movimiento de liberación de las mujeres como un auténtico **signo de los tiempos**, es decir, Dios mismo hablándonos a través de la historia. Y esto, lógicamente, es una gran noticia también para los varones, pues, como diría Brecht, «O todos o ninguno, o todo o nada...». **Porque en el Banquete Mesianico al que la liberación de Jesucristo nos convoca, en esa mesa y ese pan compartidos, no hay más primeros puestos que para quienes más sufrieron en la historia**³.

³ Por eso mismo, quizás el parto de este nuevo milenio de mujeres nuevas procure odres nuevos.

Tampoco se puede negar el progresivo avance que en la conciencia colectiva están haciendo los valores de la **solidaridad** y de la **lucha ecológica**. Sólo así **Humanidad-Creación** dejarán de ser dos causas perdidas, la **Vida** misma estrangulada, para convertirse en **Vida resucitada** tras la dura **Muerte** de la injusticia biocida y fratricida.

No podemos olvidar, como Iglesia, que Dios toma partido por Lázaro, que Jesús mismo compartió su bienaventuranza, que es Él mismo esa gran mayoría sufriente del mundo. Tampoco podemos eludir el aspecto de la feminización de la pobreza dentro de nuestra opción cristiana contra la misma. Pero lo cierto es que el camino recorrido nos hace mantener la esperanza. Hombres y mujeres de todos los pueblos del Cosmos redimido que, en libertad y en profunda armonía transforman en historia una de las más bellas fórmulas de San Pablo: «...ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal. 3,28). **Vamos, puro Reinado de Dios.**

En este caminar nuestra mirada se dirige también a la vida religiosa, a la que pertenecen parte de nuestras amigas y compañeras de grupo que toman ahora la palabra.

Los retos de la vida religiosa femenina ante el tercer milenio

Estamos en un momento de encrucijada ante el tercer milenio. Se nos llama a la revitalización, a la renovación e incluso a la refundación de una nueva vida religiosa que responda a los desafíos que nos vienen del mundo. Un mundo en el que sistemas, tradiciones y conceptualizaciones hacen crisis ante una realidad compleja y dolorosamente marcada por la injusticia, la opresión y la exclusión de los más débiles: niñas, mujeres, etnias, pueblos, culturas... y por las amenazas de destrucción del planeta.

Actualmente, en la vida religiosa apostólica femenina, -a la que pertenecemos-, hay signos de muerte y vida: miedos, inseguridades, angustias, rigideces teológicas y doctrinales, instalaciones inamovibles, que conviven con una búsqueda inquieta y plural de nuevas formas y expresiones más inculturadas y significativas, portadoras de vida y solidaridad. Se busca un reenfoque de la identidad de la vida religiosa, una comprensión teológica nueva, fuera de la cosmovisión patriarcal, un nuevo lenguaje. Buscamos un reencuentro con el Evangelio que nos permita un seguimiento de Jesús más auténtico y coherente. Por todo ello y de cara al futuro, muchas mujeres sentimos la necesidad de una nueva experiencia de Dios, Madre y Padre, de la Trascendencia que nos habita y nos envuelve, de la hondura del Misterio de la Vida, de Amor y Libertad que nos constituye, que nos relaciona y nos une a todos los seres del universo.

Para abordar los desafíos que plantea la situación actual a la vida religiosa femenina vamos a utilizar una parábola.

El subastador golpeó la mesa con el martillo, hizo señal de silencio al público y gritó:

- “Señoras y caballeros, el próximo objeto en subasta es una antigua y polvorienta guitarra. ¿Quién inicia la oferta?”

Al decir esto, levantó ante los asistentes una vieja guitarra española, muy usada y estropeada. Todo el mundo la miró con desprecio. Nadie quería ofrecer nada. No merecía la pena perder tiempo ni dinero. Por fin se oyeron algunas voces.

-“¡Yo doy 50 pesos, señor! 80 pesos, 90 pesos, 100 pesos!”

Por último, el subastador gritó:

- “Cien pesos, a la una... cien pesos a las dos... ¡Va por cien pesos!”

En esto se oyó una voz entre la multitud:

- “Por favor, señor, ¿me permite probar esta guitarra?”

El desconocido tomó aquella guitarra vieja y estropeada, le quitó

el polvo con cariño, tensó las cuerdas y con delicadeza la tomó en sus manos y empezó a tocar. Una melodía deliciosa y límpida llenó la sala de subastas. La gente estaba impresionada y fascinada.

Cuando el desconocido músico devolvió la guitarra al subastador, éste la levantó de nuevo y en voz alta dijo al público:

- “Amigos, ¿qué ofrecemos ahora por esta guitarra?”

En seguida se empezaron a oír voces una tras otra:

- “¡2.000 pesos, señor! ¡Tres mil! ¡Cuatro mil!”

- “¿Quién ofrece 5.000 pesos?”, preguntó el subastador.

Se oyó una voz.

El subastador gritó:

- “5.000 pesos a la una,... 5.000 pesos a las dos... ¡Ya está, va por 5.000 pesos!”

La gente aplaudió. Con gran asombro uno preguntó:

- “Me gustaría saber qué es lo que ha cambiado en tan poco tiempo el valor de esa guitarra”.

Alguien dijo:

- **“Ha sido un toque amoroso y delicado”**.⁴

“Quitar el polvo y tensar las cuerdas” de la vida religiosa para que su melodía sea armoniosa y bella implica quitar cada día “el polvo” de la rutina y el cansancio, la instalación y el aburrimiento que se “depositan” imperceptiblemente. Para ello nuestra vida ha de estar “tensada”, abierta y a la escucha de la voz de Dios y los gritos de nuestros hermanos y hermanas y de la creación entera. Ante el tercer milenio se nos plantean varios desafíos, entre los que destacamos: la llamada a vivir desde la autenticidad personal, a ser mujeres maduras y con una honda experiencia de Dios; la urgencia de una vida comunitaria fraterna y significativa; la radicalidad de la opción por los pobres y de la dimensión profética de nuestra vida; nuestro lugar como mujeres en la Iglesia.

⁴ Cuento recogido por JOSUNE ARREGUI en *Cómo animar una vida religiosa que sea hoy memoria de Jesús*: CONFER Vol. XXXVI (1997), p. 116.

1. Vivir desde la autenticidad personal; madurez humana y arraigo espiritual

En una sociedad secularizada y cada vez más plural, la vida religiosa puede percibirse como la vieja guitarra del cuento, anticuada y sin sentido. Esto nos urge a vivir apasionadas en el seguimiento del que nos ha llamado, a transparentar lo que llevamos dentro. La fuente de toda nuestra vida ha de seguir siendo la seducción de Dios, vivida desde un talante de itinerancia espiritual, abiertas al cuestionamiento que nos hace la vida, el mundo que nos rodea. Nuestra experiencia del Dios de Jesús queda profundizada, acrisolada en esta apertura al mundo, a los hermanos y hermanas, a los pobres; nos lleva a ahondar el misterio de un Dios vulnerable, con entrañas de misericordia, que se hace presente en la cruz y en los crucificados de la historia. Y nos invita a vivir en la inseguridad, acogiendo nuestra vulnerabilidad, nuestras heridas y las del mundo.

Esto conlleva todo un trabajo de conocimiento personal, de personalización de la fe, de maduración humana. Vivir “conectadas” con nuestro propio centro, reconocer y acoger nuestro cansancio, la alegría y también las lágrimas, la historia personal herida, la soledad, los miedos..., porque lo humano es el lugar de la experiencia de Dios.

Ser mujeres que transparentan lo que llevan dentro, sin refugiarnos bajo ningún rol; incluso mostrarnos vulnerables, comunicando y compartiendo con las personas que nos rodean nuestras búsquedas y nuestras certezas. Sólo desde este talante de autenticidad, la Palabra que proclamamos, que compartimos, se puede convertir en Palabra significativa para la gente, pues parte e intenta transmitir una experiencia de vida.

2. Vida fraterna intensa

Muy unida al reto anterior de una vida auténtica, madura humana y espiritualmente hablando, está la nueva forma de vida comunitaria; una

comunidad de vida y de fe, estímulo de vida espiritual y de crecimiento personal. Reunidas por iniciativa del Señor, en comunidad oramos, buscamos juntas la voluntad de Dios y tratamos de hacer una lectura creyente de la realidad.

La comunidad es también el lugar donde se desvelan nuestros límites y puede convertirse en el ámbito donde los integramos y superamos. Somos llamadas a vivir unas relaciones de respeto y de aceptación incondicional ante el misterio de cada persona, expresando de múltiples maneras nuestra acogida mutua, con cariño y ternura. Esto nos lleva a profundizar en el perdón y en la confianza radical de que la comunidad no se sustenta en nuestras fuerzas sino en la presencia del Dios de la Vida.

Nuestra comunión no se sustenta en la uniformidad sino en la acogida de la alteridad y la integración de las diferencias en un proyecto común de vida. Para ello son imprescindibles el diálogo verdadero y transparente, -donde poder expresar hasta el final las búsquedas, los sentimientos, la propia experiencia de fe -, la escucha y la paciencia. Para lograr una comunicación abierta y un clima de confianza y alegría, la comunidad requiere tiempo y energías, reuniones comunitarias y espacios de ocio y de gratuidad . **“El tiempo que perdiste con tu rosa, -dice el Principito-, hace que tu rosa sea tan importante”**; el tiempo que perdiste con tu comunidad, con cada hermana, -podríamos añadir-, hace que tu comunidad sea significativa, para ti y para los que os ven vivir.

Nuestras comunidades darán testimonio en la medida que transparenten estas relaciones auténticas, **“...comunidades en las que la atención recíproca ayuda a superar la soledad, y la comunicación contribuye a que todos se sientan corresponsables; en el perdón cicatriza las heridas, reforzando a cada uno el propósito de comunión.(...) Para presentar a la humanidad de hoy su verdadero rostro, la Iglesia tiene urgente necesidad de semejantes comunidades fraternas.”** (V.C. 45b).

Una de nuestras misiones de cara al Tercer Milenio, en un mundo roto y que es muy sensible a la dimensión comunitaria y a la búsqueda de sentido, puede ser sostener y acompañar procesos comunitarios en distintos ámbitos eclesiales, especialmente los grupos comunitarios de laicos que se van constituyendo; ser “escuela de comunidad” compartiendo nuestra experiencia de vida y espiritualidad.

3. Dimensión profética y opción por los pobres

La comunidad religiosa tiene sentido en y para la misión, abierta al mundo, atenta a los signos de los tiempos. La primera misión es nuestra vida misma, el ser “**memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús**” (V.C. 22c). Y esto supone un reto y una llamada: vivir con fidelidad al Evangelio insertas en el mundo de hoy, encarnadas sobre todo en el mundo de los empobrecidos, de los excluidos. No podemos olvidar que “**la opción por los pobres, como nos recuerda *Vita Consecrata*, es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo**” (V.C. 82). Las religiosas hemos dado muchos pasos en esta dirección, dejando instituciones para insertarnos en barrios periféricos, pero todavía sigue siendo un desafío para nosotras estar presentes en el cuarto mundo, que crece cada vez más. Queremos ser la Iglesia de los pobres.

La situación actual de la vida religiosa, que ve reducido el número de sus miembros, nos ayuda a ir acogiendo nuestra propia pobreza y debilidad. Nos invita a situarnos de manera más evangélica, menos triunfalista; salir al encuentro de los pobres, recorrer su propio camino, solidarias, cercanas, sin todas las respuestas ni los medios precisos. Nos hace ser más creativas, buscar con otros religiosos y laicos, dentro y fuera de la Iglesia, trabajar en equipo, al pie de igualdad. Y sobre todo implicar a las personas en su propio proceso de liberación.

Sentimos especialmente la llamada a sostener procesos de promoción y liberación de las mujeres; compartimos su misma condición femenina, y ellas son las primeras víctimas de las situaciones de empobrecimiento.

4. Nuestro lugar como religiosas en la Iglesia

Estamos convencidas de que las mujeres somos llamadas a tomar la palabra en la Iglesia, palabra que tantas veces nos ha sido negada. Situarnos desde unas relaciones de reciprocidad, superando la gran dependencia que ha tenido la vida religiosa femenina de los varones, - el “sí padre”, “como usted diga, padre”... Rechazar la mentalidad patriarcal que está todavía arraigada en lo profundo de nuestras conciencias. Incluso “*Vita Consecrata*”, lo señala: **“la mujer consagrada,... puede contribuir a eliminar ciertas visiones unilaterales, que no se ajustan al pleno reconocimiento de su dignidad”** y añade que **“la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia...”**. Sin embargo esta nueva conciencia femenina nos lleva a rechazar los esquemas de una antropología androcéntrica y dualista que subyacen en el discurso mismo de la Iglesia, (incluida la *Vita Consecrata*).

En este camino es importante rescatar las figuras femeninas de la Escritura y de mujeres que han sido significativas en la historia de la Iglesia y de la espiritualidad, como las místicas medievales, Hildegarda de Bingen, Hadewijch de Amberes, Clara de Asís, Juliana de Norwich, Catalina de Siena; Teresa de Jesús, Rosa de Lima, Edith Stein, Madeleine Delbrel, nuestras fundadoras... Es importante llegar a “saborear” la experiencia de éstas y de otras mujeres, darnos cuenta de su aportación que impulsa nuestra búsqueda y que enriquece a toda la Iglesia.

Para ello es fundamental que tanto las religiosas como las laicas tengan acceso a una formación teológica y espiritual sistemática; sin embargo

es cada vez más difícil. Pero la formación teológica es importante para acceder a un pensamiento crítico y lograr una síntesis propia, desde la reflexión personal de la experiencia, la oración y el diálogo, y el encuentro con la realidad doliente. Es más, un gran reto de cara al Tercer Milenio es que la teología sea elaborada y enseñada también por mujeres, aportando un nuevo método, más comunitario y narrativo, otro lenguaje y una sensibilidad todavía hoy demasiado ausente.

MUJERES Y TEOLOGÍA

Ciertamente, si volvemos los ojos a un pasado aún reciente, debemos reconocer que las mujeres hemos dado pasos importantes en el ámbito teológico; comienzan a escucharse otras voces, otras experiencias, se plantean preguntas nuevas o, al menos, durante mucho tiempo acalladas. Pese a todas las dificultades, hemos hecho acto de presencia en las aulas y, aunque todavía muy inferior en número a los varones, especialmente en licenciaturas, doctorados y docencia, sin falsa modestia queremos destacar la «calidad» de esta presencia. Quizás la razón se encuentre en los motivos por los que la mayor parte de las mujeres consultadas emprende sus estudios: ahondar y fundamentar la fe y la experiencia cristiana, para una misma y para los demás, dar razón de esa fe en una sociedad crítica, abierta, conflictiva... No existen motivaciones económicas (no es profesión rentable, y es frecuente otra titulación civil), ni obligación (dada la situación, el sacerdocio no entra en estos cálculos), y en algunos casos casi podríamos hablar de una auténtica «pasión teológica».

Honradamente, tampoco podemos pasar por alto el gran número de abandonos, que tienen que ver con las circunstancias en que han de realizarse los estudios. Salvo excepciones, el trato recibido es paternalista, cuando no irónico o receloso, en medio de un ambiente y una teología excesivamente unilateral, masculinizada, concebida desde una

visión patriarcal y excluyente que no expresa ni está dispuesta a recoger otra experiencia, otra visión de la realidad, otro lenguaje. Por otra parte, al no estar, en nuestro país, integrada la teología en la Universidad civil, nos encontramos con centros de estudios concebidos para seminaristas y religiosos, poco interesados en los laicos y menos aún en las mujeres que, al parecer, deben mantenerse a distancia; y como muestra baste este ejemplo.

Según los «**Criterios para la planificación de facultades teológicas y centros vinculados a ellas**», aprobados por la Conferencia Episcopal Española (20-24 de noviembre de 1955), «*es posible y conveniente que laicos, religiosas y religiosos laicales accedan también a los estudios teológicos, pero en los Centros Agregados o en las Facultades*» y preferentemente en Institutos de Ciencias Religiosas, no en los Centros Afiliados (seminarios); pues, «*es necesario esclarecer formalmente, -afirman los obispos-, que en éstos no pueden coincidir candidatos al sacerdocio con otros alumnos*» (El subrayado es nuestro).

Sin embargo, en muchos lugares la única posibilidad de formación sistemática teológica son los seminarios, y por tanto todas las mujeres y los varones y religiosos laicales quedan excluidos; así pues, el futuro de nuestra presencia en las aulas es más bien oscuro. Pero comenzamos a caminar y ya no nos paralizan los obstáculos. Medidas de este tipo nos hacen preguntar con más fuerza qué imagen de Dios, de las mujeres, del mundo, de la comunidad cristiana, está detrás de decisiones semejantes y qué relación tienen con Jesús de Nazaret y su movimiento igualitario. Estas y otras preguntas nos llevan a agruparnos, a reflexionar juntas, a trabajar juntas, a compartir y a celebrar, a discutir, reír y soñar. Y unidas recibimos aliento nuevo: ésta es una de las claves de nuestro quehacer teológico, que va teniendo su pequeña historia.

En 1986 un pequeño grupo de estudiantes y licenciadas decidimos reunirnos para poner en común nuestras experiencias, nuestras inquietu-

des; aquello fue el germen de **Mujeres y Teología**. Poco a poco nuestra reflexión fue tomando cuerpo, sin olvidar el cuerpo, tan maltratado por la doctrina; caímos en la cuenta de que el lenguaje no es inocente, es instrumento de liberación o, con mayor frecuencia, de sometimiento; comprobamos que el discurso teológico habitual nos excluye, nos margina, y, con nosotras, excluye ese rostro de Dios cuya imagen somos, por mucho que lo nombre. Descubrimos que nuestra experiencia, nuestra visión del mundo y de Dios, no surge de la nada, hunde sus raíces en la tradición cristiana: pero también aquí hay pensamientos vencidos, palabras acalladas que es preciso rescatar.

Nos constituimos primero en grupo, luego en asociación; siempre como lugar de encuentro para todas aquellas mujeres interesadas en la reflexión teológica realizada por mujeres y desde las mujeres. Nuestro objetivo: el reconocimiento de la participación plena de las mujeres en la vida eclesial y el ejercicio de cualquiera de sus ministerios; trabajamos por la desaparición de todo tipo de discriminación en la iglesia y en la sociedad, con la voluntad de situarnos en el otro lado, haciendo del margen centro, con y por los desfavorecidos, entre los que se encuentran en mayoría las mujeres. Característico del grupo es su talante abierto, su diversidad, la alegría de sabernos diferentes por caracteres y militancias distintas que nos aunan y enriquecen.

Y no estamos solas; por los mismos años se gesta El Col·lectiu de Dones en l'Església, el Forum de Estudios sobre la Mujer... a los que van sumándose, aquí y allá, nuevos grupos, así como la Asociación civil de Teólogas Españolas. Las relaciones entre entre unas y otras son fluidas, pues, como dijimos, propio de nuestro trabajo es ese talante abierto y la convicción de formar parte de algo más grande, de una red que a nadie excluye, salvo a quienes se quieren excluir. Se entrecruzan así las relaciones con grupos y mujeres de otras confesiones, con movimientos feministas, con teólogas de Europa y de todas las Américas, con comunidades populares, con movimientos solidarios...

Hablamos pues de una experiencia y una reflexión rica y viva, de un tejido de múltiples colores, sin fronteras, que en la diversidad teje su belleza. Sabemos de la necesidad de pensar el mundo para cambiarlo, y en ello estamos, pero hemos aprendido en nuestras propias carnes la necesidad de estar, de escuchar, de acoger; y en vez de recetar doctoralmente a algún supuesto enfermo producto de nuestra imaginación, preferimos acercarnos, mirar, dejar que nos cuenten...

MUJER Y MARGINACIÓN: «Las mujeres gitanas y el mercado laboral»

No pretendemos hacer un estudio pormenorizado del tema, pues no somos técnicas ni poseemos los datos suficientes para sacar conclusiones adecuadas. Queremos únicamente contar nuestra experiencia y, a partir de ella, invitar e invitarnos a la reflexión de por dónde van «los tiros».

Dicen los técnicos que, al parecer, las tendencias económicas para el próximo milenio no nos lo van a poner fácil a las mujeres, y se habla de que la pobreza tiene rostro de mujer y piel oscura (como dice Pilar Yuste). Lo que desde luego salta a la vista es que engrosamos las bolsas de pobreza de las poblaciones (una noticia del País con fecha de 1/2/97, comenta que más del 20% de los sin techo son mujeres separadas), que somos las reinas, junto con los jóvenes, de los trabajos temporales mal pagados y de la economía sumergida.

Dicen también que para los tiempos que vienen, hay que estar muy preparados y ser muy polivalentes, y nos preguntamos qué posibilidades tienen las mujeres a partir, pongamos, de los 35 años, con cargas familiares, de estar atentas a los constantes reciclajes que el mercado laboral exige.

Pero aterricemos en nuestra realidad. Os vamos a hablar de un mundo que conocemos un poco y donde esto del «mercado laboral» suena a una jerga bien rara: las mujeres gitanas.

Pero, ¿para qué hablar en su nombre? escuchémoslas a ellas mismas: Nani, Pastora, Azucena y Agustina son mujeres gitanas jóvenes, madres, que cuentan en la actualidad con el subsidio del I.M.I para mantener a su familia, entre 20.000 y 60.000 pts. a lo sumo para familias de 4 y 5 miembros.

- ¿Cómo véis eso de tener un empleo, dónde creéis que podrías trabajar?
- (Nani) Limpiando, yo necesito un empleo de limpiar.
- ¿Lo ves posible, lo ves fácil?
- (Nani) No lo veo posible porque no encuentro.
- ¿Pero lo buscas?
- (Nani) Sí que estoy buscando, pregunto.
- ¿Hay muchas gitanas que trabajen en trabajos de limpieza?
- Sí.
- Tú, Pastora, ¿qué opinas?
- (Pastora) Un trabajo lo necesita «to el mundo» y se hace difícil por los niños. Depende a las horas que nos lo den.
- ¿Pero para una mujer gitana el problema fundamental son los niños o hay más problemas además de los niños? ¿con tu marido no tendrías problemas? Si tuvieras que limpiar a las cinco de la mañana, ¿qué pasaría?
- (Pastora) No sé, porque yo tengo que dejar los niños vestidos «pal colegio».
- ¿Crees que hay muchas mujeres gitanas que tienen facilidades para ese tipo de trabajo?
- Bueno, regular, si tienen muchos niños en casa que no van al colegio, no pueden.
- ¿Tú tienes amigas gitanas trabajando en trabajos de ese tipo?
- No, ahora mismo no.

- (Nani) Yo algunas.
- ¿Tú cómo lo ves, Azucena? ¿ves más fácil la venta ambulante?
- (Azucena) La venta ambulante no tiene futuro. La venta ambulante es pa quien tiene un puesto fijo. Pero «asín» como la nuestra que sales y si hay lluvia no vendes, otro día te lo quitan los guardias...
- Así que los gitanos estáis empezando a pensar que la venta ambulante no tiene futuro. ¿Las mujeres gitanas están empezando a pensar que ellas pueden trabajar también?
- (Azucena) Sí, yo estaría dispuesta a trabajar, claro que sí, pero es mucho trabajo lo que yo tengo en casa con mis niños «mu chiquititos», pero si mis chicos fueran un poco más grandes, estaría dispuesta a eso y a mucho más.
- ¿Y tú crees que por ser gitana tendrías problemas?
- (Azucena) Sí, porque te miran «endiferente», te marginan.
- (Pastora) No te miran como a una «paya».
- ¿Y vuestras hijas?
- (Nani) Que lo que nosotras estamos pasando no lo tengan que pasar ellas. Que ellas sea un futuro mejor, que tengan su sueldo fijo, que trabaje el matrimonio.
- ¿Para qué la vas a preparar, para trabajar o para casarse?
- (Nani) Si se casa como la costumbre gitana, 15 ó 16 años, que se case, pero si se casa más tarde pues ya ella misma dispondrá «dicir»: «voy a buscarme un trabajo». Mi niña el día de mañana pues ya si sigue asín en el colegio ya sabe lo que es.
- Tú, Rubia, querías que tu niña de 12 años no estudiara más y se quedara en casa y te ayudara, ¿no?
- (Rubia) Es que me hace falta a mí. Pero si sigue así pa abogada. Yo a mi niña se lo he dicho, tú pa abogada. Sigue yendo por el I.M.I, la verdad sea dicha, porque si no me lo quitan, pero a mí me hace falta en casa.

Como ellas, ninguna de las mujeres gitanas con las que trabajamos tiene un empleo, ni digno ni indigno, y el único trabajo que realizan algunas es la venta ilegal ambulante. Todavía hay un índice importante de analfabetismo entre esta población y rara vez acuden a cursos de puesta a punto, a no ser que se vean obligadas por algún programa en relación al cobro del I.M.I.

Con respecto a los temas de sanidad, educación y vivienda, ha habido muchos avances en estos últimos años. La universalización y gratuidad de la sanidad ha hecho posible el que se acostumbren a utilizar estos servicios para ellas y sus familias. Los niños y las niñas gitanos están escolarizados en su mayoría, pero como vemos, las madres necesitan de las hijas para cuidar la casa y a los hermanos pequeños, por lo que empiezan a faltar a partir de los 11, 12, etc. A partir de los 15 años están en edad de casarse.

La aspiración a un trabajo está en ellas, pero la realidad es hoy muy distinta. Muy pocas tienen posibilidades reales de acceder a un trabajo estable y dignamente remunerado por problemas sociales y de raza, pero también de su propia mentalidad que prima la vida familiar, los hijos, los maridos, frente a horarios complicados, etc. Más allá de trabajos de limpieza, ninguna se ve en otro tipo de empleo. Y aunque su mentalidad está cambiando y acercándose con más realismo a la vida «paya», lo cierto es que las barreras siguen siendo hoy muy importantes y las condiciones de trabajo no facilitan nada las cosas.

Pero las mujeres, payas o gitanas, somos realistas y combativas, ésa es nuestra mejor y más sólida esperanza para nuestras hijas y para nosotras mismas.

LAS LAICAS: DESDE LA EXPECTACIÓN A LA ESPERANZA EN LOS UMBRALES DEL TERCER MILENIO

No resulta fácil ser laico y aún menos laica en esta Iglesia nuestra que nos ha tocado vivir. No resulta fácil ver cómo se olvidan sistemáticamente las directrices del Vaticano II. Cómo las bonitas formulaciones de que la Iglesia quiere autocomprenderse como **Pueblo de Dios**, quedan en eso, en formulaciones. Y nos topamos con unas estructuras fosilizadas, con una jerarquía sorda y lejana, con una vida parroquial mortecina, con unas celebraciones ritualistas y con un laicado adormecido y desinteresado de la Iglesia a la que pertenece.

Y ¿qué hay de aquello de ser **signo**, de aquello de vivir **la comunidad de iguales** que fundó Jesús? ¿Qué hay de la **comunión y corresponsabilidad** de todos? ¿qué hay de aquello de que el **ministerio es don para toda la comunidad**?...

Pues hay fundamentalmente tarea, ingente tarea. Los laicos nos hemos puesto manos a la obra en muchos campos, social, pastoral, llevando grupos, asumiendo catequesis, colaborando en la marcha de nuestras parroquias; pero hemos olvidado o dado por imposible el pensar y hacer la Iglesia misma. Nos conformamos con vivir en nuestras pequeñas comunidades más o menos incómodos, más o menos a disgusto con nuestras jerarquías, a la espera de tiempos mejores.

Pues bien, esos tiempos tienen que llegar ya, han llegado ya. Claro que nuestras pequeñas comunidades son ya **signo del Reino**, claro que en ellas vivimos la **comunión y la corresponsabilidad**, claro que disfrutamos de la fraternidad haciendo **comunidades fraternas**. Pero debemos ser más ambiciosos, debemos ambicionar el convertirnos y convertir la Iglesia entera en esa **Gran Fraternidad** que está llamada a ser.

¿Qué tenemos que hacer los laicos, qué tenemos que hacer las mujeres? Apostar, apostar con el alma: no tenemos nada que perder. Apostar con

el alma por la Iglesia **solidaria, festiva, fermento, atenta a las señales de los tiempos, donde los hombres y las mujeres sean realmente hermanos, adversa a privilegios individuales y corporativos, en comunión con todos los pueblos del mundo.**

Para ello, desde nuestras parroquias y comunidades, no renunciar a hacernos oír, no renunciar a tejer redes de solidaridad y mutua ayuda, no renunciar a la denuncia del servicio que se vuelve poder. Y seguir trabajando en donde estamos, atentas a lo que ocurre en torno nuestro.

Como mujeres creyentes nos queremos centrar ahora en dos aspectos:

- la propia presencia de las mujeres en la Iglesia.
- el manifiesto «**Somos Iglesia**», que además de abordar el tema de la mujer, señala otros puntos sobre los que iniciar un nuevo talante en la Iglesia del futuro.

Tanto cuando demandamos el reconocimiento pleno de nuestro lugar en la Iglesia, como cuando reclamamos el resto de cambios que consideramos necesarios, es fundamental que no olvidemos:

- que somos agentes de esos cambios.
- que la llamada de Jesús no es a construir la Iglesia, sino a construir el Reino, por tanto que la Iglesia no es para sí, sino para el mundo.

El ser agentes del cambio nos exige fidelidad y compromiso, nos exige libertad y asumir que no buscamos el acceso al poder, porque eso sería perpetuar las estructuras vigentes, sino descubrir nuevas formas de relación y servicio.

Cuando muchas mujeres hablamos del acceso al sacerdocio no lo hacemos desde la perspectiva de incorporación a un estamento que nos

está vedado o a unos ámbitos de poder de los que hoy se nos excluye, sino a la posibilidad de asumir responsabilidades que permitan una Iglesia-comunidad fraterna y servidora.

Las mujeres de Iglesia queremos ser servidoras lúcidas para desenmascarar las trampas de «servidumbre» en las que a menudo caemos, trampas ligadas a los usos y costumbres de una sociedad jerarquizada y de sumisión de un ser humano a otro, en vez de a Dios.

No es posible construir una Iglesia fraterna si la mujer no está plenamente incorporada en su devenir, y no es posible hacerla servidora si no cambia su estructura piramidal por otra de comunidades abiertas que viven su fe en el Señor Jesús y en el compromiso con el mundo.

En la actualidad estamos viviendo el despertar y abrirse camino de la corriente «**Somos Iglesia**», que es un intento de pronunciamiento del Pueblo de Dios a partir del documento surgido en Austria en 1996, por una Iglesia más gozosa, fraterna y solidaria. Es un intento de anuar voces, de hacernos sentir dentro de una corriente internacional que reclama una inaplazable atención y crítica de las estructuras de la Iglesia que están excluyendo a infinidad de personas y por tanto merman la credibilidad de la Iglesia toda.

«**Somos Iglesia**» apuesta decididamente por los «**derechos humanos**» y exige un compromiso de transformar aquellas estructuras que los niegan. Es un intento de hacernos reflexionar sobre realidades de marginación que se dan hoy en la Iglesia y que son insostenibles desde la vida y el mensaje de Jesús, y quiere hacer esta denuncia desde la opción por los pobres y desde la convicción de que como cristianos y cristianas adultas debemos adoptar actitudes comprometidas y responsables que en modo alguno quieren ser interpretadas como ruptura de la comunión, sino como una voz, un grito, un rumor que quiere hacerse oír.

Y por ahí va la ingente tarea para los laicos y las laicas a las puertas del tercer milenio, asumir de una vez por todas que **«Somos Iglesia»**, que necesitamos y queremos hacer fraternidad en el mundo en que vivimos y que estamos y estaremos de forma cada vez más comprometida y gozosa en este empeño.

«TODO ACABARÁ BIEN»

Juliana de Norwich, esa gran mística del siglo XIV que supo hacer de su asombro y de su amor altísima teología -y por eso mismo accesible a todos-, recibió esta enseñanza de Jesús: **«Todo acabará bien. Lo que para ti es imposible, para mí no lo es»**. Y nosotras recogemos su esperanza. Porque hemos aprendido en estos años que nada se pierde, hemos asistido maravilladas a la recuperación de hermanas nuestras olvidadas; mujeres silenciadas durante siglos recobran ahora la voz y nos transmiten esa llama de vida y libertad que aceptamos y queremos transmitir. Hablamos de luces y de sombras, pues ni podemos ni queremos desentendernos de lo que nos rodea, pero hablemos también de nuestros sueños.

Como «Mujeres y Teología» compartimos las palabras de nuestra amiga y compañera de camino, la teóloga brasileña Ivone Gebara, con respecto a nuestro quehacer y a los tiempos por venir:

«... es el sueño de la Tierra Prometida. Es fuerza para descubrir lo nuevo. Es un camino de libertad e igualdad. Es un canto nuevo. Un canto que crea problemas, que muchos quieren ahogar porque desentona con los cantos que los oídos están acostumbrados a escuchar. Incomoda a los cuerpos instalados, a los cuerpos asentados en sus tronos, como un pájaro libre incomoda la tranquilidad de los pájaros que están protegidos por los barrotes de una jaula. Su canto quiere ser un canto colectivo, un canto insistente, un canto que invita a salir de la jaula y a gozar de la plenitud de la vida. Cuando las puertas de la jaula se abran, tendremos

la certeza de que muchas/os como nosotras empezarán a sentir la vida de otro modo, empezarán a percibir que el sentido de la existencia acontece en nuestras vidas de manera sencilla e inesperada y que nos sorprende como una brisa suave que envuelve nuestro cuerpo y nos da coraje para vivir y amar siempre de nuevo. Y entonces la salvación será un hecho en nuestros cuerpos, en nuestra historia... Y veremos que se llenan de músculos y carnes nuestros huesos resecos; y se pondrán en movimiento, llenos de fuerza, para un abrazo resucitado que envolverá a los hombres y las mujeres y al universo entero».

Estamos empeñadas en que nadie nos robe nuestros sueños; en ese empeño resistimos. Y seguimos soñando.